

This is the **published version** of the bachelor thesis:

Martínez Martínez, Nadia; Galera, Francesc , dir. La Vulgata de san Jerónimo : recorrido histórico de la traducción más influyente en la cultura occidental. 2022. 31 pag. (1204 Grau en Traducció i Interpretació)

This version is available at <https://ddd.uab.cat/record/265787>

under the terms of the  **CC BY-NC-ND** license

FACULTAT DE TRADUCCIÓ I D'INTERPRETACIÓ

GRAU DE TRADUCCIÓ I INTERPRETACIÓ

TREBALL DE FI DE GRAU

Curs 2021-2022

**La Vulgata de san Jerónimo:
recorrido histórico de la traducción más influyente en
la cultura occidental**

**Nadia Martínez Martínez
1516412**

TUTOR

Francesc Galera Porta

Barcelona, 14 de junio de 2022

UAB

**Universitat Autònoma
de Barcelona**

Página de créditos

Datos del TFG

Título:

La Vulgata de san Jerónimo: recorrido histórico de la traducción más influyente en la cultura occidental.

La Vulgata de sant Jeroni: recorregut històric de la traducció més influent en la cultura occidental.

The Vulgate of St. Jerome: a historical overview of the most influential translation in Western culture.

Autora: Nadia Martínez Martínez

Tutor: Francesc Galera Porta

Centro: Universitat Autònoma de Barcelona

Estudios: Grado en Traducción e Interpretación

Curso: 4º

Palabras clave

Traducción bíblica, historia de la traducción, Biblia, san Jerónimo de Estridón, Vulgata.

Traducció bíblica, història de la traducció, Bíblia, sant Jeroni d'Estridó, Vulgata.

Biblical translation, history of translation, Bible, St. Jerome of Stridon, Vulgate.

Resumen del TFG

Tanto para la cultura occidental como para el mundo traductológico, la traducción al latín de la Biblia hebrea y griega, llamada Vulgata, supuso un hecho cuya importancia perdura hasta el día de hoy. Para encontrar los factores que la hicieron destacar, se revisará el contexto, se repasará la historia y se explicará la metodología de la traducción que hizo de san Jerónimo el patrón de los traductores.

Resum del TFG

Tant per a la cultura occidental com per al món traductològic, la traducció al llatí de la Bíblia hebrea i grega, anomenada Vulgata, va suposar un fet la importància del qual perdura fins al dia d'avui. Per a trobar els factors que la van fer destacar, es revisarà el context, es repassarà la història i s'explicarà la metodologia de la traducció que va fer de sant Jerónimo el patró dels traductors.

Abstact

Both for Western culture and for the world of translation, the Latin translation of the Hebrew and Greek Bible, known as the Vulgate, was an event whose importance endures to this day. In order to find the factors that made it stand out, we will review the context, review the history and explain the methodology of the translation that made Saint Jerome the patron saint of translators.

Aviso legal

© Nadia Martínez Martínez, Barcelona, 2021. Todos los derechos reservados.

Ningún contenido de este trabajo puede ser objeto de reproducción, comunicación pública, difusión y/o transformación, de forma parcial o total, sin el permiso o la autorización de su autor/a.

Avís legal

© Nadia Martínez Martínez, Barcelona, 2021. Tots els drets reservats.

Cap contingut d'aquest treball pot ser objecte de reproducció, comunicació pública, difusió i/o transformació, de forma parcial o total, sense el permís o l'autorització del seu autor/de la seva autora.

Legal notice

© Nadia Martínez Martínez, Barcelona, 2021. All rights reserved.

None of the content of this academic work may be reproduced, distributed, broadcasted and/or transformed, either in whole or in part, without the express permission or authorization of the author.

*A mi madre y a mi padre,
porque ni aun dedicándoles todos los logros de mi vida,
podré devolverles todo lo que han hecho por mí y mi hermano*

ÍNDICE

1. Introducción.....	5
2. La Biblia y sus primeras traducciones	
2.1. La Biblia original.....	7
2.1.1. Copias y errores de los escribas.....	7
2.2. La Biblia Septuaginta	8
2.3. Las versiones de Áquila, Símaco y Teodoción	9
2.4. La Hexapla de Orígenes	10
2.5. La Vetus Latina	10
3. Breve recorrido biográfico de Jerónimo de Estridón.....	12
4. Jerónimo como traductor de la Biblia	
4.1. El encargo de la traducción de la Biblia al latín.....	14
4.2. Metodología	
4.2.1. <i>Hebraica veritas</i>	14
4.2.2. <i>Ad sensum</i>	16
4.2.3. <i>Variatio</i>	16
4.3. Hermenéutica	
4.3.1. La espiritualidad frente a la literalidad	17
4.4. Mutabilidad.....	18
5. El resultado final: la Vulgata	
5.1. Luces.....	19
5.2. Sombras	20
5.2.1. La manzana de Adán y Eva	21
5.2.2. Los cuernos de Moisés	21
5.2.3. La joven virgen.....	22
5.2.4. «El número de los necios es infinito».....	23
6. La autenticidad de la Vulgata: el Concilio de Trento	24
7. Nova Vulgata.....	25
8. Conclusiones.....	26
9. Bibliografía consultada.....	28

1. Introducción

Es innegable la importancia y el poder que ha tenido la Biblia a lo largo de la historia. Es un libro que ha guiado, influenciado y adoctrinado a la sociedad durante más de 3000 años y ha dado forma al mundo que hoy en día conocemos. Entre sus páginas guarda la clave y alma de nuestra cultura y civilización. Sin duda alguna, la Biblia es el libro de los libros y posiblemente sea, de entre todos ellos, el más poderoso. Sin embargo, no triunfó por sí mismo, pues, como siempre sucede, tras las grandes obras de la humanidad encontramos una sombra perdida y olvidada: la traducción, la verdadera arma de poder.

Actualmente, la Biblia es el libro más vendido y distribuido del mundo y está traducido a más de 2000 idiomas y dialectos. En cambio, las primeras traducciones que se realizaron fueron controvertidas e incluso muchas de ellas llegaron a estar prohibidas por la Iglesia católica. Esto se debía a que el texto de las Sagradas Escrituras posee un carácter propio y único, pues en él se encuentra la palabra de Dios, y se consideraba que las traducciones estaban limitadas por el factor humano, el terrenal, por lo que se decía que nunca podrían alcanzar la «divinidad» del texto original. No obstante, la Iglesia aceptó y oficializó una sola traducción durante más de quince siglos: la Vulgata de san Jerónimo. Sin embargo, ¿es esta la más fiel a la palabra de Dios?

En primer lugar, se hablará brevemente sobre las características principales de la Biblia original, la problemática de las copias y las traducciones previas a la Vulgata, como la Septuaginta, las versiones de Áquila, Símaco y Teodoción, la Hexapla de Orígenes y la Vetus Latina, ya que son fundamentales para entender el contexto en el que se encontraba san Jerónimo y el material que disponía a la hora de realizar su traducción, pues todas le sirvieron de gran ayuda en su labor. Después, este trabajo repasará los puntos clave de la biografía de san Jerónimo de Estridón, donde se presentará su formación, su vida como cristiano y su vida como traductor. Seguidamente, nos centraremos en este último aspecto, abordando las razones que llevaron al papa Dámaso I a encargar a san Jerónimo la traducción de la Biblia al latín. A continuación, se analizarán la metodología y hermenéutica que marcaron esta labor, como la *hebraica veritas*, la traducción *ad sensum* y la *variatio*, junto a la característica de la mutabilidad, ya que es sustancial para entender la exégesis jeronimiana. Posteriormente se comentará el resultado final de toda esta labor: la Vulgata. Se valorarán sus luces, es decir, las virtudes por las que ha sido glorificada, y las sombras por las que ha sido criticada a lo largo de los siglos, y de cómo ambas han participado en la tarea de hacer de esta traducción la más significativa de todos

los tiempos, tanto para el mundo occidental como para el traductológico. Y, para finalizar, se comentará brevemente el Concilio de Trento, donde se oficializó la Vulgata como texto auténtico de la Biblia, y la revisión de esta que se publicó en el año 1979, la Nova Vulgata, para aportar ligeramente un contexto posterior a la obra y entender su magnitud.

Los motivos que me han llevado a decidirme por este tema han sido varios. El primero y principal por la gran pasión por la traducción y la historia, concretamente la de la Biblia y sus entresijos. La historia siempre ha despertado gran curiosidad en mí, al igual que el lenguaje y la etimología. En general, todo lo que me transportara al pasado me llenaba. Al pasar quince años de mi vida en un colegio cristiano conocía la Biblia y, a pesar de que el interés religioso nunca despertó en mí, desde pequeña ya me llamaba la atención como producto literario. Sus historias me parecían fascinantes a la par que confusas en algunos aspectos. Es un libro que siempre me ha generado interés. Al empezar a estudiar el grado de Traducción e Interpretación en la Universidad de Valladolid, particularmente con la asignatura de Fundamentos de la Traducción del profesor Antonio Bueno García, empezó a germinar esa semilla que ya había sido plantada con anterioridad en el colegio. Estudiamos las distintas traducciones de la Biblia y los problemas que estas generaron a lo largo de la historia, a san Jerónimo, su Vulgata y su célebre cita «non verbum e verbo, sed sensum exprimere de sensu». Posteriormente, ya en la Universitat Autònoma de Barcelona, en la asignatura Història de la Traducció de Montserrat Franquesa, esa semilla terminó de germinar. Con ella me sumergí de lleno en mi pasión y me sentí más orgullosa que nunca del camino que había decidido tomar. El profesor Juan Gabriel López Guix siguió regando esa curiosidad y entusiasmo, pues con él descubrí los detalles más maravillosos e interesantes de la Vulgata, los cuales aparecerán en este trabajo.

El segundo motivo es, sin duda, el peso que tiene la Vulgata como traducción para la historia de la humanidad y la influencia de su autor, san Jerónimo de Estridón, en el mundo traductológico. Autor y obra están repletos de teorías, curiosidades, hipótesis, creencias, formación y todas ellas invitan a la reflexión... Al final, todo el mundo tiene algo que decir sobre san Jerónimo y su Vulgata.

Este trabajo repasará cronológicamente todo lo relacionado con esta obra y su autor y será la representación de todas las decisiones y pasiones que me han guiado hasta el día de hoy: curiosidad, traducción e historia. El objetivo de este es seguir alimentando esos tres factores y seguir aprendiendo sobre el maravilloso mundo de la traducción.

2. La Biblia y sus primeras traducciones

2.1. La Biblia original

La palabra *biblia* viene del griego *βιβλίον*, que significa «libro», pues esta es una recopilación que se realizó durante más de 1100 años de distintos libros canónicos, es decir, los aprobados por una norma o canon del judaísmo o cristianismo, cuyas historias al principio fueron transmitidas por tradición oral. Como es conocido, la Biblia está dividida en dos partes: el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento.

El primero fue redactado entre 1400 y 430 a. C. y está en su mayoría escrito en hebreo, excepto las profecías de Esdras y Daniel y un versículo en Jeremías que están en arameo. Este conjunto de libros, también llamado Tanaj o Biblia hebrea, fue y es utilizado por los judíos y en él se relata la creación del mundo, la historia de Adán y Eva, el gran diluvio, la historia de Abraham, Isaac y Jacob y el establecimiento de la historia del pueblo judío antes de la llegada de Cristo.

Por otro lado, el Nuevo Testamento fue escrito entre el 50 y el 100 d. C. y está redactado en griego, la lengua de erudición del momento. Este conjunto de libros narra la vida, muerte y resurrección de Jesucristo y la historia de los primeros cristianos.

2.1.1. Copias y errores de los escribas

Según los expertos, actualmente no existe ningún manuscrito original de los textos bíblicos, mas la palabra de Dios ha llegado a nuestros días gracias a los miles de copias que se han ido realizando a lo largo de los siglos. Sin embargo, es de común conocimiento que la esencia del original ha variado, pues los escribas no quedaban exentos del error humano. Según Köstenberger (2006), los errores de los escribas podían ser involuntarios o intencionales: los primeros incluyen los errores de visión y comprensión, pues podían saltarse palabras o confundir un vocablo por otro; mientras que los intencionales podían tratarse de intentos de corrección según su criterio o de alteraciones por doctrina. A mediados del siglo III, el erudito Orígenes de Alejandría ya avisaba de estos problemas:

Las diferencias entre los manuscritos se han vuelto muy grandes, ya sea por negligencia de algunos copistas o por la audacia perversa de otros; o bien se despreocupan de comprobar lo que han transcrito, o bien, al realizar la comprobación, añaden u omiten según les place. (Orígenes, *Comentario sobre Mateo*, en Ehrman, 2005: 274).

Por otro lado, tenemos el ejemplo de Marción, filósofo y teólogo del siglo II, que eliminó todos aquellos pasajes que contradecían sus creencias de que el Dios del Antiguo Testamento no era el Dios verdadero. Ireneo, obispo de Lyon del siglo II, dejó constancia de este suceso en su obra *Contra las herejías*:

Descuartizó las epístolas de Pablo al quitar de ellas todo cuanto decían sobre el Dios creador en el sentido de que Él es el Padre de nuestro señor Jesucristo, y también aquellos pasajes de los libros proféticos que el apóstol cita para demostrar que anunciaban la llegada del Señor. (Ireneo, *Contra las herejías*, 1.27.2, en Ehrman, 2005: 277).

Aun así, los críticos textuales afirman que las contaminaciones y corrupciones de los copistas no han afectado al mensaje original. No obstante, ¿se puede hablar de un mensaje «original» cuando lo único que realmente tenemos son copias de copias?

2.2. La Biblia Septuaginta

La Septuaginta fue la primera traducción de la historia del Antiguo Testamento realizada al griego, la lengua del imperio, y la Biblia por excelencia de los primeros cristianos, pues esta es una colección de escritos que no solo contiene la traducción, sino también nuevos libros escritos originalmente en griego. Esta traducción estuvo enfocada a los judíos en la diáspora que empezaron a utilizar el griego como lengua materna. Ptolomeo II, rey de Egipto, la encargó a setenta y dos ancianos judíos, de ahí el nombre de «Septuaginta», quienes realizaron su labor en Alejandría del año 285 al 246 a. C.

Según Fernández Marcos y Spottorno Díaz-Caro (2008), en un principio la traducción de los setenta y dos ancianos se ciñó solo al Pentateuco, es decir, los cinco libros de la Torá, pero posteriormente y en un proceso de cuatro siglos se realizaron las traducciones de los profetas anteriores y posteriores y la producción de nuevos libros en griego, lo que hoy en día conocemos como el Nuevo Testamento.

Las diferencias entre la Biblia hebrea de Jerusalén y la Biblia griega de Alejandría eran notables ya en su momento, puesto que el número de libros, algunos títulos e incluso ciertos versos eran distintos. Por ejemplo, en el capítulo 49 del Génesis en los versos 22-23 de la Biblia hebrea dice así: «José es un novillo, un novillo hacia la fuente. A la fuente se encamina. Los arqueros le hostigan, los saeteros le atacan» (en Fernández Marcos y Spottorno Díaz-Caro, 2008: 17). Mientras que en la Septuaginta se tradujo así: «Hijo crecido, José, hijo crecido, objeto de envidia, mi hijo más joven, ¡vuélvete hacia mí! Al

que hostigaban los conspiradores y atacaban los arqueros» (en Fernández Marcos y Spottorno Díaz-Caro, 2008: 17).

Según Fernández Marcos y Spottorno Díaz-Caro (2008), tras dichas diferencias se generaron dos corrientes: la primera, representada por Filón de Alejandría, afirmaba que los traductores eran profetas iguales a Moisés, pues la traducción «inspirada» les había sido comunicada por Dios: «Como inspirados por la divinidad, profetizaban no unos una cosa y otros otra, sino todos los mismos nombres y palabras como si un apuntador invisible le susurrase a cada uno al oído» (Filón, Vida de Moisés II, 37, en Fernández Marcos y Spottorno Díaz-Caro, 2008: 17). Tal como afirmaba Filón, existía la creencia de que los setenta y dos ancianos escribieron por separado exactamente la misma versión, palabra por palabra. Por otro lado, la segunda corriente criticaba duramente estas diferencias y eran partidarios de que la Septuaginta debía ser una traducción fiel al original, pues cuanto más auténtica fuera, más se acercaría a la palabra de Dios.

A partir del año 1948, tras los descubrimientos de Qumrán, se encontraron fragmentos de la Biblia hebrea que coincidían con el texto original utilizado por los setenta y dos traductores de la Septuaginta. Es decir, las diferencias entre la Biblia original y la Septuaginta no fueron por la incompetencia de los traductores como se creyó, sino que estos simplemente utilizaron un texto hebreo diferente. Como se puede comprobar, la problemática de la gran pluralidad de copias de la Biblia original ha sido la mayoría de las veces el origen de los problemas normalmente achacados a los traductores.

2.3. Las versiones de Áquila, Símaco y Teodoción

Algunas comunidades judías, que pertenecían a la corriente que criticaba las diferencias entre la Biblia hebrea y la Septuaginta, decidieron iniciar procesos de corrección e incluso realizar nuevas versiones. De esta forma, en el siglo II d. C. nos encontramos con tres nuevas versiones: la de Áquila, que fue la más aceptada por los judíos, aunque quedó un resultado a veces hasta imposible de entender, pues tradujo palabra por palabra del hebreo al griego; la de Símaco, que, a diferencia de la anterior, presentaba una traducción libre y fue incluso recomendada por san Jerónimo, ya que reproducía plenamente el sentido del hebreo; y por último, la de Teodoción, que más que una traducción fue una revisión de la Septuaginta. Esta última tuvo más popularidad en ambientes cristianos que en los judíos, pues en algunos casos se prefirió esta versión a la de la Biblia de Alejandría.

Estas nuevas versiones sustituyeron a la Septuaginta en círculos judíos, sin embargo, no solo influyeron las críticas hacia las diferencias entre la original y la traducción, sino que también influyó el rechazo recibido por convertirse en la Biblia oficial de los seguidores de Jesús.

2.4. La Hexapla de Orígenes

El erudito y teólogo Orígenes, aproximadamente entre los años 235 y 250 d.C. (Fernández Marcos y Spottorno Díaz-Caro, 2008: 20), realizó lo que se considera la primera edición crítica del Antiguo Testamento. Esta contenía seis columnas, de ahí el nombre de Hexapla, las cuales eran comparadas entre sí: la primera columna tenía el texto hebreo; la segunda, el texto hebreo transliterado al griego para mejorar la lectura; la tercera, la versión griega de Áquila; la cuarta, la versión griega de Símaco; la quinta, la Septuaginta corregida por él mismo; y la sexta, la versión griega de Teodoción.

La razón que condujo a Orígenes a realizar esta edición fue la confusión que había sobre cuál era el verdadero texto origen del Antiguo Testamento tras todas las contaminaciones y corrupciones a las que se había visto sometido, además de diversas copias, traducciones y ediciones. Su propósito fue relacionar la Septuaginta con el texto original hebreo y todas las versiones griegas posteriores a esta.

Por otro lado, Orígenes realizó su propia corrección de la Septuaginta según el texto hebreo. Sin embargo, como se ha sabido tras los descubrimientos de Qumrán, este no era el que utilizaron los setenta y dos traductores, por lo que el trabajo que realizó no se correspondía con el texto que quería revisar. No obstante, la Hexapla sirvió de base para muchas traducciones y estudios posteriores.

2.5. La Vetus Latina

En el siglo II d. C., el griego, que durante siglos había sido la lengua cristiana en Occidente, fue perdiendo poder debido a la expansión del Imperio romano y, con ello, del latín, que se convirtió en la lengua del pueblo. En consecuencia, surgió la necesidad de comprender y traducir a las lenguas accesibles al pueblo, pues solo las personas cultas y letradas tenían el privilegio de entender el griego. De esta forma apareció la Vetus Latina, un conjunto de las primeras traducciones latinas de la Biblia anteriores a la Vulgata de san Jerónimo.

Esta necesidad se manifestó en distintos puntos del Imperio, por lo que no fue una traducción uniforme, sino un producto de diferentes traductores y regiones. Por lo general, todas estas versiones siguen a la Septuaginta, el texto bíblico oficial de la Iglesia en ese momento. Según Ortuño Arregui (2017), se pueden formar tres grupos junto a sus respectivas familias de las versiones que constituyen la Vetus Latina: en primer lugar, la versión africana, que reúne la antigua africana, la familia representada por Tertuliano y Cipriano, otra familia representada por san Agustín y la bajo-africana; en segundo lugar, la versión europea, con la versión romana, la galicana y la hispana (y probablemente la irlandesa); y, por último, la «Ítala», que representa el texto que san Jerónimo utilizó posteriormente. Cabe destacar que ninguna de estas nuevas traducciones llegó a ser oficializada por la Iglesia.

Como se puede apreciar, de nuevo se presenta el problema de la pluralidad y la libertad de adaptación en los textos sagrados, pues estas versiones no seguían ninguna técnica específica, solo tenían como objetivo cubrir la necesidad de comprensión. Esta situación fue la que llevó al papa Dámaso I a encargar a san Jerónimo la gran labor de realizar la traducción más importante de la historia.

3. Breve recorrido biográfico de Jerónimo de Estridón

Siguiendo a Martino Alba (2008) y Vega Cernuda (1999), hacia el año 347 d. C. nació Eusebio Hierónimo en una ciudad de la provincia romana de Dalmacia llamada Estridón, una ciudad hoy inexistente que bien podría situarse en la actual Croacia o Eslovenia. Creció en una familia cristiana acomodada y disfrutó de un buen estatus social, lo que le permitió a los doce años mudarse a Roma y formarse bajo la tutela de Donato, gramático latino pagano de gran reconocimiento en su época. Llegó a dominar perfectamente el latín, pues su lengua materna era el ilirio, empezó a estudiar griego y dedicó cuatro años a la gramática e historia de la literatura clásica y otros cuatro a la retórica y filosofía. Fue en Roma cuando desarrolló su gran pasión y focalizó todo su interés por las letras latinas, sobre todo su admiración por el célebre Cicerón. Sin embargo, su vida religiosa durante estos años yació abandonada, opacada por los grandes clásicos latinos que Jerónimo llegó incluso a aprenderse de memoria. Aun así, fue en Roma cuando formalmente recibió el sacramento del bautismo.

Al terminar sus estudios a los veinte años, le surgió el deseo de viajar para conocer y ampliar conocimientos. En primer lugar, marchó a la ciudad germana de Tréveris con un compañero de estudios, Bonoso, con el objetivo de copiar las obras de Hilario de Poitiers, y de allí pasó a Aquileya, ciudad de la península Itálica. A los 27 años se instaló en Antioquía, Oriente. Fue allí cuando tuvo un sueño que cambió para siempre la trayectoria que hasta ese momento había estado siguiendo. San Jerónimo escribió una carta dirigida a santa Eustoquia narrando lo sucedido:

Arrebatado súbitamente en el espíritu, soy arrastrado hasta el tribunal del juez. Había allí tanta luz, e irradiaban los asistentes tal fulgor de claridad que, derribado por tierra, no me atrevía a levantar los ojos. Interrogado acerca de mi condición, respondí que era cristiano. Pero el que estaba sentado, dijo: «mientes, no eres cristiano, sino ciceroniano» (San Jerónimo, Ep. 22,30, en Martino Alba, 1999: 10).

Durante todos estos años había focalizado todo su tiempo en leer literatura pagana, dejando a un lado la lectura de los textos sagrados, por lo que fue castigado y azotado por los ángeles. Al despertarse, conmocionado, prometió abandonar para siempre los textos que tanto había memorizado y centrarse únicamente en el estudio y lectura de las Sagradas Escrituras. Esta experiencia supuso un gran impacto en su vida y en su fe, por lo que, como consecuencia, decidió dedicarse a la vida ascética y eremítica e instalarse en el

desierto de Calcis, Siria, con la esperanza de encontrar la paz interior. Allí sufrió terriblemente, ayunando y orando, pero se propuso aprender hebreo. En una carta dirigida al monje Rústico escribió: «cuando mi alma ardía con los malos pensamientos, como último recurso, me hice alumno de un monje que había sido judío, para que me enseñara el hebreo» (San Jerónimo, Ep. 125,12, en Peña, 1986: 285). Tras tres años en el desierto de Calcis, decidió volver a Antioquía y de ahí a Constantinopla, donde se formó en la teología griega.

En el año 381, regresó a Roma, esta vez como traductor e intérprete de Paulino de Antioquía y Epifanio de Salamina para asistir a un concilio promovido por Ambrosio de Milán. Tras este concilio, trabajó como secretario del sumo pontífice Dámaso I, encargándose de la correspondencia entre Oriente y Occidente. Fue aquí cuando el papa insistió a Jerónimo para que revisara las traducciones que se habían hecho hasta el momento del Libro Sagrado. Finalmente, san Jerónimo decidió emprender directamente una nueva traducción al latín de la Biblia.

Mientras estuvo en Roma, Jerónimo levantó ciertas asperezas entre la alta sociedad romana, ya que comentó sin pudor sobre la corrupción del clero y atacó a la sociedad cristiana. Bien se sabe que san Jerónimo era un hombre duro, claro y directo. Además, con su nueva versión del Evangelio, recibió fuertes críticas por parte del sector más tradicionalista, que lo acusaba de ser irrespetuoso con la palabra de Dios. De manera que, tras la muerte del papa Dámaso, su máximo protector, decidió partir a Tierra Santa e instalarse en Belén en el año 388, donde se entregó como monje en cuerpo y alma a la traducción de la Biblia hasta el final de sus días en el 420 d. C.

Según Martino Alba (2008), la vida del santo se puede dividir en cuatro períodos significativos: la etapa de formación en Roma, los años de retiro en el desierto de Calcis, la etapa como secretario del papa Dámaso y, por último, el asentamiento definitivo en Belén, donde tradujo la mayor parte de los Textos Sagrados. Cada una de estas etapas son determinantes para entender el perfil intelectual y el carácter aventurero de la figura de san Jerónimo. Fue un hombre de mundo con una sed incansable por el saber, con la necesidad de desplazarse para seguir ahondando, por documentarse. Estuvo rodeado de buenos maestros, obtuvo una buena formación y cumplió su deseo de peregrinar a Tierra Santa y vivir como monje dedicado al estudio, exégesis y traducción de los textos bíblicos. Padre de la Iglesia latina y padre de la traducción, vivió su vocación dejando como legado la traducción más importante de la historia: la Vulgata.

4. Jerónimo como traductor de la Biblia

4.1. El encargo de la traducción de la Biblia al latín

En el siglo IV, la problemática de la pluralidad de los textos bíblicos llegó a preocupar seriamente a la Iglesia, quien veía la palabra de Dios cada vez más contaminada y desfigurada. Fue entonces cuando el papa Dámaso I, hombre cultivado que entendía la importancia del dogma, tomó la decisión de revisar y corregir los textos de la *Vetus Latina*. Esta ardua tarea se la encomendó a su secretario, Jerónimo de Estridón, dado a su conocimiento de las lenguas clásicas y del Libro Sagrado y su respeto y profunda fe por el cristianismo.

Se trataba de un encargo crucial a la vez que peliagudo, precisamente por el peso ideológico, doctrinal y religioso que cargaba el texto, por lo que no se podían volver a cometer los errores del pasado. Esta problemática bien era conocida de Jerónimo, quien escribió al papa Dámaso:

Me obligas a confeccionar de lo viejo una obra nueva. En medio de tantos ejemplares de la Escritura, dispersos por el Orbe, he de sentarme como árbitro que determine cuáles son los que coinciden con los originales griegos. Una labor piadosa, pero también peligrosa: juzgar a todos los demás es exponerse uno a que todos lo juzguen (San Jerónimo, PL, 29, 557, en García Moreno, 1979: 891).

Jerónimo enseguida se percató de cuál había sido uno de los principales problemas de las versiones existentes hasta ese momento: no utilizar el texto original hebreo como fuente principal. De nuevo, la cuestión de la pluralidad aparece. Todo eran versiones de versiones, copias de copias, traducciones de traducciones. Además de las adaptaciones a la ideología interesada a las que se vieron sometidas muchas versiones. De manera que san Jerónimo tomó la decisión de no simplemente revisar, comparar y analizar las traducciones ya existentes, sino de empezar la primera traducción oficial de la Biblia al latín.

4.2. Metodología

4.2.1. Hebraica veritas

Esta ardua labor supuso para Jerónimo la búsqueda de la verdad divina, del origen mismo del cristianismo. Para afrontar este encargo era crucial indagar en el sentido auténtico de

la Biblia. Tras años de contaminación, se había perdido el mensaje original y con ello la impoluta palabra de Dios. Para ello, había que volver al origen, a la *hebraica veritas*: la verdad del texto hebreo. Como él mismo dijo: «No queda, pues, más solución que dejar de lado los riachuelos de las opiniones e ir a la fuente misma de donde fue tomada por los evangelistas» (San Jerónimo, Ep. 22,1, en González Martínez, 2020: 255).

Según González Martínez (2020), san Jerónimo intentó fijar un texto origen, reuniendo y comparando todas las copias de la Biblia hebrea, y le dio prioridad a este a la hora de interpretar la Biblia. Sin embargo, el patrono no dejó de lado las otras versiones, como la Septuaginta y las versiones de Áquila, Símaco y Teodoción, y las herramientas filológicas de las que disponía, como la Hexapla de Orígenes. Por consiguiente, no solo fue traductor, sino también investigador y revisor, ya que para él era fundamental comparar, contrastar y valorar las versiones ya existentes. En ningún momento pretendió desprestigiarlas, sino aclararlas a través del texto origen, pues la *hebraica veritas* no anulaba su valor. Incluso llegó a defender los errores de la Septuaginta, alegando que nadie estaba libre de cometer errores (San Jerónimo, Ep. 57,7 , en González Martínez 2020: 257) y que algunos errores no fueron de los setenta y dos traductores, sino de los mismos copistas (San Jerónimo , Ep. 65,9, en González Martínez 2020: 257).

La gran genialidad de la metodología de san Jerónimo residió en saber hacer uso de todo el material del que disponía, sin menospreciar ninguna fuente, pero siendo consciente de cuál era el origen. Es decir, en una época en la que el texto hebreo y la Septuaginta eran dos textos irreconciliables, donde en el ámbito judío se priorizaba el primero y en el ámbito cristiano la versión griega, Jerónimo supo validar, sacar provecho y dar su lugar a cada versión. Supo diferenciar entre el uso popular y la tradición (la Septuaginta) y el uso científico y el origen (el texto hebreo). Para él, *hebraica veritas* no significa *falsitas graecas*. Como él mismo escribió:

Oigan por tanto mis perros [los que critican a Jerónimo por su traducción] que yo he trabajado en este rollo no para censurar la versión antigua [la Septuaginta], sino justamente para que las cosas que en ella está oscuras o fueron omitidas o verdaderamente están corrompidas por culpa de los copistas quedaran más claras en nuestra traducción (Vulgata, *Liber Iob iuxta hebraeos*, Prefacio, en González Martínez, 2020: 263).

La *hebraica veritas* es, por excelencia, la metodología de san Jerónimo, pues fue él mismo el primero en utilizar este término dos años después de instalarse en Belén.

Recuperar el texto origen como fuente principal es uno de los grandes legados que ha dejado grabado el patrón de los traductores en la teoría traductológica.

4.2.2. *Ad sensum*

Ante las críticas que recibía Jerónimo por su traducción, él respondía a través de cartas contestando a sus detractores y expresando su razonamiento, pensamientos y técnicas. Es así como ha llegado hasta nuestros días la epístola que le escribió a su amigo Panmaquio, *De optimo genere interpretandi* («Sobre la mejor manera de traducir»), considerada uno de los primeros tratados sobre la traducción. Según Etchegaray Cruz (1972), el título recuerda al prólogo escrito por Cicerón en su traducción de Demóstenes y Esquines denominado *De optimo genere oratorum*.

En *De optimo genere interpretandi*, Jerónimo reflexiona sobre la labor traductológica y manifiesta su preferencia por el sentido ante la letra en la eterna lucha entre la traducción *ad litteram* y *ad sensum*, pues para él la verdad es más importante que el orden mismo de las palabras. Como el mismo Jerónimo expresa: «Y no hay por qué traducir palabra por palabra, de modo que, mientras persigamos la sílaba, perdamos el sentido; porque, como ya he dicho, cada lengua se expresa con sus modismos propios» (San Jerónimo, Ep. 106,29, en González Martínez, 2020: 268). Es decir, él rechaza la literalidad, donde se traduce palabra por palabra, y defiende la idea ciceroniana de la traducción libre, demostrando una vez más la gran influencia que ejerció el orador latino en su pensamiento crítico (Pérez González, 1996).

Hasta ese momento la traducción *ad litteram* era la técnica que, en general, se había utilizado para traducir la Biblia, ya que en ella se encuentra la palabra de Dios y esta debía ser inmutable. Sin embargo, Jerónimo ya supo apreciar en su día que al traducir palabra por palabra no se estaba respetando el verdadero significado de las Sagradas Escrituras, pues lo que había que traducir era el sentido de estas. De aquí surge su célebre cita «non verbum e verbo, sed sensum exprimere de sensu» (San Jerónimo, *De optimo genere interpretandi*, en Francesconi, 2007), es decir, él no tradujo «palabra por palabra, sino sentido por sentido».

4.2.3. *Variatio*

Otra gran característica del método jeronimiano, en la cual se reafirma de nuevo su predilección por el sentido en vez de la letra, es el empeño por mantener la belleza y

elegancia de la lengua latina haciendo uso de la *variatio*. En otras palabras, Jerónimo evita la redundancia antiestética de palabras, verbos y construcciones y se inclina hacia la eufonía y el gusto, siempre y cuando el sentido original no se pierda, es decir, sin caer en las «bellas infieles». Como él mismo afirma: «Por eso, cuando el sentido no sufre menoscabo, se ha de mantener la elegancia de la traducción» (en García Moreno, 1979: 906).

Según González Martínez (2020), en 1Re 11,11, san Jerónimo evita repetir el verbo *qr'* en hebreo, el cual se repite dos veces en la misma oración, traduciendo «disrumpens scindam regnum tuum», en vez de «disrumpens disrumpam», dando prioridad a la *variatio*, propia del latín, en vez de al énfasis del hebreo.

Por otro lado, según García Moreno (1979), en el Ps 39,9 san Jerónimo antepone la belleza al traducir «tu ley en medio de mi corazón» en vez de «en medio de mi vientre», como el texto original hebreo exigiría.

Como se puede apreciar, ninguno de los dos ejemplos mostrados se ha alejado del sentido original del texto, pues ha respetado el mensaje y la gracia de la lengua latina, características fundamentales para obtener una traducción de «buen gusto», como dejó por escrito el mismo patrón de los traductores: «¿Acaso andan asidos de las palabras y no tratan más bien de mantener la gracia y la elegancia en la traducción? Lo que vosotros llamáis fidelidad de traducción, los doctores lo llaman *κακοζέλια* o mal gusto» (San Jerónimo, Ep. 57,5; PL 22,571, en García Moreno, 1979: 900).

No obstante, san Jerónimo sacrifica el uso de la *variatio* cuando prioriza la claridad y sencillez de una frase o con las expresiones ya acuñadas en el tiempo. Para él prevalece el ser entendido por el lector, pues traduce para difundir adecuadamente la palabra de Dios, no para sorprender a los eruditos.

4.3. Hermenéutica

4.3.1. La espiritualidad frente a la literalidad

Según González Martínez (2020), Jerónimo era consciente de la gran tarea teológica e ideológica que estaba realizando, por la cual sentía profundo respeto y cierto temor, por lo que no solo podía centrarse en el sentido literal del texto, sino sobre todo en el espiritual. Para él, el sentido literal era la base, el origen de la interpretación, y el sentido espiritual era el culmen de la exégesis, pero para llegar hasta ahí había que asentar primero el literal. En una epístola a Ezequiel, san Jerónimo habló sobre esta relación:

Ni el texto ha de ser leído y [ni] los cimientos del relato han de ser puestos de tal forma que no lleguemos a la cima [sentido espiritual], ni por bello que sea el edificio debemos poner sobre él su tejado si los cimientos no son lo suficientemente sólidos [sentido literal] (Comentario a Ezequiel 42,13-14, en González Martínez, 2020: 271).

Por esta razón, el sentido literal se lo dio al texto hebreo, mientras que el espiritual, a la Septuaginta. Sin embargo, no siempre fue así, pues el sentido espiritual no solo yacía en la Septuaginta, al igual que la *hebraica veritas* no era la única interpretación de la Biblia.

4.4. Mutabilidad

Para entender la exégesis jeronimiana es crucial ser consciente del aspecto mutable y a veces hasta contradictorio en su método, técnica y teoría. Quien conoce la labor del traductor sabrá que esto no es tan extraño, pues la adaptación es una característica propia de la ocupación. Bien es sabido que san Jerónimo no siempre seguía al pie de la letra su propia metodología, pues él mismo llegó a aceptar que hubo veces que siguió el método *ad sensum* y otras el método *ad litteram*, o que a veces dio prioridad a la Septuaginta en vez de al texto hebreo. También se ha de tener en cuenta que san Jerónimo ante todo fue traductor, no teórico, ya que no se dedicaba a exponer sus principios, sino a la traducción de la Biblia. Bien podía escribir y reflexionar sobre técnicas y métodos que podía utilizar, pero la tarea del traductor es práctica y, como se ha mencionado anteriormente, en la mayoría de los casos te has de adaptar a cada circunstancia.

5. El resultado final: la Vulgata

5.1. *Luces*

Tras años de ardua tarea y profundo estudio y dedicación, nació la nueva versión realizada por san Jerónimo de Estridón, en una época en la que todo el mundo traducía y quería entender lo que Dios quería comunicar. La creación de esta nueva versión supuso una cura para las heridas que habían aparecido en el tiempo tras las innumerables versiones, transcripciones y traducciones a las que se habían visto sometidas las Sagradas Escrituras.

No fue hasta el siglo VIII cuando se empieza a hacer uso de la versión del santo, ya que en un principio fue duramente criticada por aquellos que defendían la Septuaginta u otras versiones antiguas que ya gozaban de cierta tradición. Es en esta época cuando recibe el nombre de «Vulgata», título que antiguamente regentaba la Biblia de los Setenta, que significa «divulgada» y «dada al público», pues la versión jeronimiana fue propiedad tanto de los eruditos como del pueblo, es decir, fue la versión del vulgo, y es ahí donde reside su maestría. San Jerónimo nutrió al pueblo de cultura y religión e hizo sentir suya la palabra de Dios.

Además, la Vulgata fue la base para las primeras traducciones de la Biblia a las lenguas vernáculas, como la versión de Martín Lutero en alemán o la Biblia de Wycliffe en inglés, convirtiéndose en el modelo sobre el que se construyó la cultura cristiana occidental. Y no solo tuvo influencia en el campo religioso, sino también en el artístico, lingüístico y literario, donde numerosas obras se han inspirado en ella.

Una de las características que aporta gran valor a la Vulgata es el hecho de que entre los objetivos de san Jerónimo nunca estuvo la intención de crear algo original o novedoso, pues simplemente se centró en transmitir el sentido de la Biblia. Y no por ello significa que utilizara un estilo anticuado u ordinario; de hecho, hizo uso del estilo que exigía la propia palabra de Dios: elegante, sólido y carismático. El santo fue fiel al texto origen y supo pintar la fidelidad de cierto gusto, siempre teniendo como prioridad la claridad y transparencia de la palabra. Según Cantera Ortiz de Urbina (1995: 58), la versión jeronimiana es «una de las mejores obras culturales de la antigüedad gracias a su latín sencillo y elegante a la vez y que se distingue por su fluidez y claridad».

Por otro lado, hay que tener en consideración la gran formación de san Jerónimo, sin la cual no se hubiera generado una traducción de tal alta calidad. El santo estaba dotado de las condiciones necesarias para llevar a cabo esta labor, pues conocía perfectamente el hebreo y el griego, es decir, las lenguas origen, y dominaba el latín, la

lengua meta, de forma excepcional. Poseía una gran formación y conocimiento sobre la Biblia y gran respeto y absoluta dedicación por la labor del traductor. Además, supo utilizar el material del que disponía con maestría y habilidad. Todo esto y su carácter persistente, laborioso y perspicaz fueron los ingredientes perfectos para adentrarse en la Biblia y conseguir lo que se considera la obra monumental por excelencia de la traducción.

Tras el Concilio de Trento en 1546, con el decreto «Insuper», la Vulgata se declaró «auténtica» y superior a todas las demás versiones antiguas, además de poder usarse como texto de referencia, es decir, se convirtió en el modelo y base primordial de toda traducción de las Sagradas Escrituras.

En conclusión, la Vulgata, que durante quince siglos ha sido la Biblia oficial de la Iglesia, la cual desde siempre ha reconocido su autenticidad jurídica, es una traducción con valor excepcional que ha marcado la historia cultural de Occidente y ha dado forma al lenguaje teológico. Como señala García Moreno:

San Jerónimo acertó y consiguió, quizá sin intentarlo, una versión que le ha sobrevivido hasta nuestros días como base textual de innumerables teólogos y exégetas, que han comentado la Palabra de Dios desde la perspectiva del Doctor Máximo (García Moreno, 1979: 897).

5.2. Sombras

Como bien es sabido, la labor del traductor es espinosa, delicada y compleja, pues requiere de mucha dedicación, tiempo y conocimiento. Hoy en día esa tarea es menos enrevesada gracias a la cantidad de facilidades y recursos que nos ha regalado la era tecnológica, como memorias de traducción, traductores automáticos y herramientas de traducción asistida. Aun así, a pesar de todas estas ayudas, a veces detectamos errores en nuestra traducción. Y esto nos lleva a reflexionar lo siguiente: ¿qué errores pudieron cometerse en una traducción de tal magnitud como es la de la Biblia en una época en la que no existían ni las máquinas de escribir?

Es sustancial repasar el contexto de la época en la que san Jerónimo realizó la traducción de la Biblia antes de juzgar lo que se consideran las «sombras» de la Vulgata, puesto que, recibir un encargo de cerca de 800.000 palabras de un texto con un carácter tan propio y único de marcada ideología, tener que escribirlo todo a mano, sin ninguna ayuda más allá que la de tus conocimientos y formación, es, cuanto menos, admirable.

Pese a eso, a continuación, se comprobará si lo que algunos juzgan como errores guardan tras de sí una intención por parte del patrón de los traductores.

5.2.1. La manzana de Adán y Eva

En primer lugar, nos encontramos con la célebre historia del Génesis: el pecado original de Adán y Eva. Es de común conocimiento como Satanás, convertido en serpiente, incitó a Adán y Eva a comer del fruto prohibido del árbol del conocimiento del bien y del mal, cayendo así en la tentación y desobedeciendo a Dios. Este fruto prohibido ha sido tradicionalmente representado como una manzana, pero lo cierto es que en la Biblia original hebrea no se menciona en ningún momento que el fruto que en un primer momento mordió Eva fuera una manzana. Es más, según López Guix (2010), es imposible, debido a que la fruta en cuestión no se conocía en el antiguo Israel a principios del primer milenio. Dada la ubicación es más probable que el fruto prohibido se tratase de un higo. Entonces, ¿de dónde ha surgido la famosa manzana?

Para encontrar la primera vez que se hace referencia a este fruto en la Biblia tenemos que ir a la Vulgata de san Jerónimo de Estridón. El santo tradujo la voz en hebreo *peri*, que es un término genérico para referirse a un fruto cualquiera, como *mālus*, «manzana» en latín.

Algunos achacan como error de traducción esta diferencia con el original, justificando que san Jerónimo no tenía los suficientes conocimientos en hebreo y eso le llevó a cometer fallos en su traducción. Otros señalan que no se trata de un error, sino de un juego de palabras totalmente intencionado por parte del santo. Según Gamero (2017), en latín, el adjetivo *malus*, *-a*, *-um* significa «malo», «el mal», por lo que bien Jerónimo pudo aprovechar la similitud con *mālus* («manzana») y realizar un juego de palabras para recalcar que ese fruto efectivamente representaba «el mal». De esta forma el patrón de los traductores le dio al texto meta una connotación que el original no poseía y cambió para siempre el imaginario colectivo cristiano.

5.2.2. Los cuernos de Moisés

En la ciudad de Roma, en la pequeña iglesia de San Pietro in Vincoli, se encuentra la famosa escultura de Moisés del artista renacentista Miguel Ángel Buonarroti. En esta escultura se puede apreciar una particularidad un tanto extraña si estamos hablando del hombre que lideró la liberación de los esclavos de Egipto: por encima de la cabeza de la

escultura de Moisés asoman dos cuernos. ¿Por qué Miguel Ángel le colocaría esa peculiaridad a su gran obra? La respuesta es sencilla: no la colocó él, sino san Jerónimo en su Vulgata.

Según los estadounidenses Ian Caldwell y Dustin Thomason (2004), esto fue un error debido de nuevo al escaso conocimiento del hebreo que tenía Jerónimo, pues confundió el verbo hebreo *qaran*, que significa «irradiar luz», con *qeren*, que significa «cuernos».

Quien conoce al genio que hay detrás de la Vulgata, sabrá que esto puede que no se trate de un error traductológico. De acuerdo con Barbero (2011) y López Guix (2010), como ya se ha comentado, san Jerónimo tuvo a su disposición tanto los textos hebreos como los griegos a la hora de realizar la traducción. Y, es más, se sabe que hizo uso de la Hexapla de Orígenes, donde las versiones griegas aparecen paralelas al texto hebreo, donde pudo divisar con facilidad las diferencias entre ellas. Por lo tanto, teniendo en cuenta el dominio de san Jerónimo con la lengua griega, es improbable que confundiera el término, visto que el verbo que se utiliza en la Septuaginta es *dedocastai*, es decir, «glorificar», que no tiene nada que ver con ningún cuerno. Si se hubiera tratado de un error, el santo podría haberlo comprobado en la versión griega que tanto tuvo a mano en su tarea. Pero, entonces, ¿por qué «cuernos»?

San Jerónimo optó por el término en latín *cornuta* de forma plenamente deliberada y la razón de esta elección se nos escapa a nuestra mentalidad contemporánea. Según López Guix (2010), Jerónimo imitó la versión griega de Áquila, que figura en la tercera columna de la Hexapla, puesto que, en la Antigüedad clásica, un tocado de cuernos era símbolo de autoridad, poder y glorificación. Esta simbología cambió en la Edad Media, donde se empezó a representar los cuernos como sinónimo de Satán.

Esto no es más que, como afirma Barbero (2011), una constatación de la transformación constante a la que se ve sometida la simbología a través del tiempo, pues al igual que actualmente «llevar cuernos» no esté relacionado con nada demoniaco, sino más bien con una infidelidad, los «cuernos» que le puso san Jerónimo a Moisés no se tratan de un error de traducción, sino de un atributo ya perdido.

5.2.3. La joven virgen

En Isaías 7:14, aparece el término hebreo *almá*, que significa «muchacha» o «joven sin hijos», sin designar ningún aspecto fisiológico. Este término en la Septuaginta se tradujo

como *párthenos*, que, de igual manera, no hace alusión ninguna a la virginidad de la mujer, pues es un término más social que físico. En cambio, en la Vulgata figura como *virgo*, «virgen» en latín.

Según López Guix (2011), del paso del siglo IV al V, cuando tuvo lugar la traducción de Jerónimo, hubo una exaltación de la virginidad, de la vida ascética y del culto a María, considerada siempre virgen. Esto provocó una reinterpretación de ese pasaje por cuestiones meramente polémicas, para evitar enfrentamientos y disputas ideológicas. Por lo tanto, la elección de este término dio más fuerza a la doctrina que relacionaba el deseo sexual femenino con el pecado y la impureza.

De nuevo, no nos encontramos ante un error de traducción, sino ante una interpretación alternativa, acorde a la mentalidad e ideología de la época, que, tristemente, ha dejado tras de sí un camino de padecimiento, condena y cosificación para la mujer.

5.2.4. «El número de los necios es infinito»

Esta frase bíblica de Eclesiastés 1:15 que goza de tanta popularidad y que tan a menudo es mencionada para hacer referencia a la gran estupidez que puede uno encontrar en la humanidad, no se encuentra ni en la Biblia hebrea original ni en ninguna versión contemporánea de la Biblia.

El origen de esta célebre frase se halla en la Vulgata como «*stultorum infinitus est numerus*». Tal y como menciona López Guix (2013), Jerónimo parece influenciado por Cicerón, quien escribió en una de sus cartas «*stultorum sunt plena omnia*», es decir, «todo está lleno de necios», puesto que la frase original en hebreo, que aparece en la Biblia como «lo torcido no puede enderezarse y lo que falta no se puede contar», nada tiene que ver con la traducción jeronimiana, que se mantuvo durante más de quince siglos hasta que fue eliminada en la Nova Vulgata en 1979.

Esta elección, cargada de cultura y literatura, deja entrever de nuevo la gran influencia de Cicerón en la formación de Jerónimo y como, irremediablemente, se ve reflejada en su traducción de las Sagradas Escrituras.

En conclusión, el santo sacrificó la *hebraica veritas* para obtener lo que se consideraría una traducción que sin lugar a dudas ha pasado a la historia. Como menciona López Guix (2013), san Jerónimo, en este caso, siguió la regla de: «No dejes que el original te estropee una buena traducción».

6. La autenticidad de la Vulgata: el Concilio de Trento

Del año 1545 al 1563, más de once siglos después de la creación de la Vulgata, el papa Paulo III convocó el Concilio de Trento, donde se reunieron los principales cargos de la Iglesia para tratar asuntos eclesiásticos ante la crisis que sufría la Iglesia católica a causa del surgimiento de la Reforma protestante.

En esta asamblea se renovó la doctrina, se fijaron nuevos dogmas y, ante el gran auge de biblias traducidas a lenguas vernáculas que hubo durante los últimos siglos, la Iglesia católica se vio en la necesidad de aceptar y declarar como auténtica una versión de la Biblia. Una que garantizara la fidelidad del original hebreo y griego y que estuviera ya asentada en la tradición cristiana. Por lo tanto, el Magisterio de la Iglesia eligió la Vulgata de san Jerónimo:

Además, el mismo sacrosanto Concilio, considerando que podía venir no poca utilidad a la Iglesia de Dios, si de todas las ediciones latinas que corren de los sagrados libros, diera a conocer cuál haya de ser tenida por auténtica; establece y declara que esta misma antigua y vulgata edición que está aprobada por el largo uso de tantos siglos en la Iglesia misma, sea tenida por auténtica en las públicas lecciones, disputaciones, predicaciones y exposiciones, y que nadie, por cualquier pretexto, sea osado o presuma rechazarla (Denz., n. 785; Denz.-Sch., n. 1506-1508, en Ruiz Bueno, 1963).

Esta fue la primera vez en la historia que la Iglesia declaró una traducción de la Biblia como versión oficial de las Sagradas Escrituras. Sin embargo, según Giraldo Ramírez (1987), el Concilio, a la misma vez que oficializa la Vulgata, también apunta que esta podía ser mejorable, pues tras más de once siglos había sufrido innumerables alteraciones a manos de los copistas. Por lo tanto, ya en el siglo XVI se previó de una edición revisada de la Vulgata.

7. La Nova Vulgata

Tras el Concilio de Trento, se realizaron a lo largo de los siglos varias revisiones de la traducción de san Jerónimo y surgieron ediciones entre las que destacan la Vulgata Sixtina o la Vulgata Sixto-Clementina. Sin embargo, ninguna de estas revisiones llegó a ser oficializada por la Iglesia católica.

De acuerdo con Giraldo Ramírez (1987), en el año 1965, el papa Paulo VI convocó una comisión, llamada «Pontificia Commissio pro Nova Vulgata Bibliorum editione», para revisar los textos de la Biblia con el objetivo de conseguir una versión latina actual.

Este encargo contaba con tres pautas claras, las cuales Giraldo Ramírez (1987) sintetiza de la siguiente forma: en primer lugar, esta revisión debía ser una «cuidadosa crítica textual que haga uso de todos los recursos modernos», donde seguía siendo importante la *hebraica veritas*; en segundo lugar, era fundamental respetar y conservar la versión latina jeronimiana; y, en tercer lugar, para realizar esta nueva edición, había que hacer uso del latín cristiano, que durante tantos siglos se había estado formando, hasta el punto de existir una clara diferencia con el latín clásico con el que fue escrito la Vulgata. Como el mismo papa anunció el 23 de diciembre de 1966:

Esta edición es una exigencia del progreso de los estudios bíblicos y de la necesidad de dotar a la Iglesia y al mundo de un texto nuevo que goce de autoridad. Se requiere un texto en el que la Vulgata Jeronimiana se exprese verbalmente en donde corresponde cuidadosamente al texto original, como aparece en las ediciones de hoy hechas con rigor científico; mas será prudentemente enmendado cuando se aparte de él o lo interpreta en forma menos exacta, empleando la lengua de la latinidad bíblica cristiana, de tal manera que el respeto por la tradición se armonice con los postulados de la crítica moderna. En la liturgia, por tanto, se usará un texto único que, desde el punto de vista científico no pueda impugnarse y que concuerde con la tradición, las disciplinas hermenéuticas y el lenguaje cristiano. Dicho texto habrá de ser de tal naturaleza, que sirva de referencia a las traducciones populares (A. A. S. LIX, 1976, pp. 93 s., en Giraldo Ramírez, 1987: 12).

Finalmente, el 25 de abril de 1979 la Iglesia católica declaró la Nova Vulgata como texto oficial de la Biblia hasta el día de hoy, sustituyendo de esta forma a la Vulgata de san Jerónimo cuatro siglos después de su oficialización en el Concilio de Trento y más de quince siglos después de su creación.

8. Conclusiones

Este recorrido histórico de la Vulgata de san Jerónimo ha permitido conocer en profundidad el contexto en el que fue realizada, el autor y su metodología y la obra desde diferentes puntos de vista, cumpliendo así con el objetivo que en un primer momento se estableció. Era fundamental ahondar en el traductor para entender su forma de trabajar y su obra, la magnitud de la tarea de traducir la Biblia en una época en la que las condiciones eran muy distintas a las que conocemos ahora y la responsabilidad que es traducir un texto con tanto peso cultural e ideológico.

San Jerónimo se entregó en cuerpo y alma a esta tarea y dejó un gran legado cultural y traductológico a la humanidad. Por un lado, buscó la verdad y el sentido de la palabra y fue al origen, revisó, unificó y tradujo el texto sagrado y sanó y limpió la palabra de Dios, que durante tantos siglos había sido alterada y contaminada. Además, trató de reflejar el texto bíblico en un lenguaje común que fuera accesible para el pueblo. Asimismo, asentó la base de las traducciones posteriores y creó la primera traducción que la Iglesia católica catalogó como «auténtica», que incluso, diecisiete siglos después de su creación, ha perdurado hasta el día de hoy.

Por otro lado, el patrono también se enfrentó a innumerables críticas que ya en su momento recibió y que incluso hoy en día no cesan. Se le ha acusado de mal traductor por no traducir palabra por palabra o por cometer errores traductológicos como la famosa manzana de Adán y Eva. Sin embargo, en este trabajo se ha podido comprobar que todo fue obra del ingenio del traductor. Y, es más, estas características son los que en realidad aportan más valor a su obra, pues son los que han repercutido en la exégesis y teología, en el arte, cultura e imaginativo global.

En un primer momento se eligió este tema para ahondar y descubrir si realmente la traducción de la Biblia que hizo san Jerónimo era fiel o no al original. Yo misma llegué a creer a aquellos que afirmaban que los cuernos de Moisés fueron un error garrafal por parte del traductor por confundir «irradiar luz» con «cuernos» en hebreo o que aquella manzana surgió de la nada por un simple despiste. Lo creí y caí en el morbo de querer buscar incluso más errores de la que decían que era la traducción más importante de la historia. Sin embargo, conforme fui ahondando en autor y obra me di cuenta de que había cometido el error que siempre se ha cometido con la profesión del traductor: juzgar sin conocimiento.

Con esto nos damos cuenta de que la figura de san Jerónimo sigue siendo actual. Uno se percata de que todo lo que hay detrás del patrono y su obra es un gran reflejo de lo que es el trabajo del traductor. Es una labor que se duda y se cuestiona, y que pocas veces se reconoce y valora como es debido. Es una labor silenciosa e invisible a pesar de encontrarla allá a donde vayas, porque una buena traducción es aquella que no se nota, pero ojalá se notara.

Con este trabajo cumplo con el propósito de redescubrir y dar a conocer la importancia de san Jerónimo como gran traductor de la Biblia y de dar voz a la magnífica y admirable labor que siempre ha vivido en la sombra.

«Los escritores hacen la literatura nacional y
los traductores hacen la literatura universal».

— José Saramago

11. Bibliografía consultada

- ANÓNIMO, (2012). *Errores en la Biblia III – Copias de copias de copias*. Divino Plabebo. Recuperado el 10 de diciembre de 2021, de <https://www.divinoplabebo.com/errores-en-la-biblia-iii-copias-de-copias-de-copias/>.
- ARMSTRONG, K. (2008). *Historia de la Biblia*. Editorial Debate.
- BARBERO M. (2011). «Los cuernos de Moisés». *La Linterna del Traductor, Número 5*. Recuperado el 21 de marzo de 2022, de <http://www.lalinternadeltraductor.org/n5/cuernos-moises.html>.
- CALDWELL I. y THOMASON D. (2004). *El enigma del cuatro*. Roca Editorial.
- CANTERA ORTIZ DE URBINA, J. (1995). «Antiguas versiones bíblicas y traducción». *Hieronymus Complutensis, Volumen 2*, 53-60.
- EHRMAN, B. D. (2005). *Jesús no dijo eso. Los errores y falsificaciones de la Biblia*. Ares y Mares.
- ETCHEGARAY CRUZ, A. (1972). «Teoría de la traducción en la antigüedad latina». *Helmantica: Revista de filología clásica y hebrea, Volumen 23, Número 70-72*, 493-502.
- FENLON, J. F. (2008). *Hexapla*. Enciclopedia Católica Online. Recuperado el 6 de febrero de 2022, de <https://ec.aciprensa.com/wiki/Hexapla>.
- FERNÁNDEZ MARCOS, N. y SPOTTORNO DÍAZ-CARO, M. V. (2008). *La Biblia griega: Septuaginta. I Pentateuco*. Ediciones Sígueme.
- FERNÁNDEZ, J. A. (2011). *La Biblia y la crítica textual*. Lupa Protestante. Recuperado el 10 de diciembre de 2021, de <https://www.lupaprotestante.com/la-biblia-y-la-critica-textual/>.
- FERNÁNDEZ, T. y TAMARO, E. (2004). *Biografía de Elio Donato*. Biografías y Vidas. La enciclopedia biográfica en línea. Recuperado el 10 de diciembre de 2021, de <https://www.biografiasyvidas.com/biografia/d/donato.htm>.

- FERNÁNDEZ, T. y TAMARO, E. (2004). *Biografía de San Jerónimo*. Biografías y Vidas. La enciclopedia biográfica en línea. Recuperado el 9 de octubre de 2021, de https://www.biografiasyvidas.com/biografia/j/jeronimo_san.htm.
- FRANCESCONI, A. (2007). «Metalenguajes y metatextos del pensamiento traductológico». *Espéculo. Revista de estudios literarios*, Número 37.
- GAMERO, A. (2017). *¿Cómo llegó la manzana a ser el fruto del árbol prohibido?* La Piedra de Sísifo. Recuperado el 16 de mayo de 2022, de <https://lapiedradesisifo.com/2017/11/30/llego-la-manzana-fruto-del-arbol-prohibido/>.
- GARCÍA MORENO, A. (1979). «San Jerónimo, traductor paradigmático». *Scripta Theologica*, Volumen 11, Número 3, 889-928.
- GARCÍA VILLALOBOS, F. (2015). *Jerónimo, el áspero trilingüe*. Diócesis de Málaga. Portal de la Iglesia Católica de Málaga. Recuperado el 9 de octubre de 2021, de <https://www.diocesismalaga.es/doctores-tiene-la-iglesia/2014044006/jeronimo-el-aspero-trilinge/>.
- GIRALDO RAMÍREZ, N. (1987). «La nueva Vulgata». *Cuestiones Teológicas*, Volumen 14, Número 37.
- GONZÁLEZ MARTÍNEZ, E. (2020). «Jerónimo, traductor de la Biblia». *Mirabilia: Electronic Journal of Antiquity and Middle Ages*, Volumen 31, 251-276.
- KÖSTENBERGER, A. J. (2006). *¿Es la Biblia hoy lo que se escribió originalmente?* North American Mission Board. Recuperado el 10 de diciembre de 2021, de <https://www.namb.net/apologetics/resource/es-la-biblia-hoy-lo-que-se-escribio-originalmente/>.
- LÓPEZ GUIX, J. G. (2010). «Biblia y traducción (12): “La mujer se fijó en que el árbol...”». *El Trujamán*. Recuperado el 3 de marzo de 2022, de https://cvc.cervantes.es/trujaman/anteriores/noviembre_10/15112010.htm.
- LÓPEZ GUIX, J. G. (2010). «Biblia y traducción (4): “Quod cornuta esset facies sua...”». *El Trujamán*. Recuperado el 5 de febrero de 2022, de https://cvc.cervantes.es/trujaman/anteriores/julio_10/15072010.htm.

- LÓPEZ GUIX, J. G. (2011). «Biblia y traducción (19): “He aquí que la virgen grávida...”». *El Trujamán*. Recuperado el 23 de abril de 2022, de https://cvc.cervantes.es/trujaman/anteriores/mayo_11/16052011.htm.
- LÓPEZ GUIX, J. G. (2013). «Biblia y traducción (48): “El número de los necios es infinito”». *El Trujamán*. Recuperado el 27 de abril de 2022, de https://cvc.cervantes.es/trujaman/anteriores/octubre_13/30102013.htm.
- LYONS, E. (2007). *Escritores Inspirados y Copistas Competentes*. Apologetics Press. Recuperado el 10 de diciembre de 2021, de <https://apologeticspress.org/escritores-inspirados-y-copistas-competentes-2218/>.
- MARTINO ALBA, P. (1999). «El epistolario de san Jerónimo como fuente iconográfica». *Cuadernos de arte e iconografía, Volumen 8 (15)*, 149-214.
- MARTINO ALBA, P. (2008). «San Jerónimo viajero: iconografía de un peregrinaje vital». *El culto a los santos. Cofradías, devoción, fiestas y arte*, 271-284.
- MARTINO ALBA, P. (2008). «San Jerónimo, traductor y traductólogo». *La traducción: balance del pasado y retos del futuro*, 453-466.
- ORTUÑO ARREGUI, M. (2017). «La Vetus Latina: primera versión latina de la Biblia». *ArtyHum Revista de Artes y Humanidades, Volumen 33*, 52-67.
- PAGÁN, S. (2012). *Introducción a la Biblia hebrea*. Editorial Clie.
- PEÑA, I. (1986). «San Jerónimo en el desierto de Calcis (años 375-377)». *Studia Orientalia Christiana, Collectanea 19*, 285-300.
- PÉREZ GONZÁLEZ, M. (1996). «La reflexión traductora desde la antigüedad romana hasta el siglo XVIII. Una propuesta de interpretación». *Minerva: Revista de filología clásica, Número 10*, 107-124.
- PÍO DE LUIS VIZCAÍNO, O. (2011). «Presencia de la carta 22 de san Jerónimo en el Praeceptum de san Agustín». *Estudio Agustiniano, Volumen 46*, 203-231.
- PYM, A. (2000). «Por qué el sobrino de Fray Luis de León rectificó la opinión de su tío según la cual la Vulgata era una traducción mejorable». *El Trujamán*. Recuperado el 25 de octubre de 2021, de https://cvc.cervantes.es/trujaman/anteriores/diciembre_00/12122000.htm.

- RIVAS REBAQUE, F. (2009). «Exempla bíblicos dirigidos a las mujeres en el epistolario de San Jerónimo». *Estudios Eclesiásticos, Volumen 84, Número 330*, 423-445.
- RUIZ BUENO, D. (1963). *Enrique Denzinger. El Magisterio de la Iglesia. Manual de los símbolos, definiciones y declaraciones de la Iglesia en materia de fe y costumbres*. Editorial Herder.
- TREBOLLE BARRERA, J. (1993). *La Biblia Judía y la Biblia Cristiana: introducción a la historia de la Biblia*. Editorial Trotta.
- VÁZQUEZ DÍAZ-MAYORDOMO, J. L. (2019). *30 de septiembre: san Jerónimo*. Alfa y Omega. Recuperado el 9 de octubre de 2021, de <https://alfayomega.es/30-de-septiembre-san-jeronimo-presbitero-y-doctor-de-la-iglesia/>.
- VEGA CERNUDA, M. A. (1999). «La labor traductográfica y la filosofía traductológica de San Jerónimo en su marco biográfico». *Hermēneus. Revista de Traducción e Interpretación, Volumen 1*, 521-551.